

Texto de Dolores Aleixandre en: “Esta historia es mi historia”, editorial SCS, 2012.

Un hombre transformado

Visité Jericó en un día cálido de verano y me alojé en casa de Silas, un joven catecúmeno que había manifestado gran interés en hablar conmigo. Se había enterado de que yo iba recogiendo testimonios y recuerdos de lo que Jesús hizo y dijo y él poseía en su memoria un tesoro que quería compartir conmigo.

Mi padre perdió su cosecha por culpa de una sequía y tuvo que pedir dinero prestado a un tal Zaqueo, publicano y usurero muy conocido y detestado en Jericó. Era un hombre pequeño, astuto e implacable que se fue apoderando de nuestras tierras y, cuando ya no tuvimos nada, nos empleó a su servicio en su casa donde llevábamos una vida casi de esclavos.

Allí crecí y allí aprendí a trabajar duro y a aborrecer al amo. Un día, llegó a Jericó la noticia de que aquel galileo de Nazaret que estaba dando tanto que hablar en Judea, había llegado a la ciudad y se marchaba al día siguiente. Jericó, la ciudad más antigua del mundo, con su oasis de palmeras y sus casas de gente rica, no debía ser muy del gusto de Jesús del que se decía que vivía casi a la intemperie y enviaba a los suyos sin alforja para el camino. Escuché los comentarios despectivos de mi amo pero, como era un hombre curioso, no me extrañó que me pidiera que le acompañase hasta el lugar que es paso obligado para los que abandonan Jericó.

Había un gentío inmenso y mi amo se dio cuenta de que, a causa de su pequeña estatura que tanto le mortificaba, no iba a poder ver nada. Le señalé un sicómoro como único lugar donde encaramarse y, aunque temí que reaccionara golpeándome por mi insolencia, accedió a mi propuesta y yo mismo le ayudé a trepar. Había un gentío inmenso y mi amo se dio cuenta de que, a causa de su pequeña estatura que tanto le mortificaba, no iba a poder ver nada.

Le señalé un sicómoro como único lugar donde encaramarse y, aunque temí que reaccionara golpeándome por mi insolencia, accedió a mi propuesta y yo mismo le ayudé a trepar. También yo quería conocer al tal Jesús, del que decían que era como Elías o como Jeremías, y, al verle llegar, supe que estaba delante de un profeta.

Había ya dejado atrás el árbol donde estaba mi amo, cuando, inesperadamente, retrocedió unos pasos y miró hacia arriba.

Mi pensamiento, como un relámpago, imaginó su denuncia: «Zaqueo, conozco tu conducta: oprimes a los pobres, explotas a inocentes, prestas con usura y eres un vil colaborador de Roma. Conviértete y vuelve al camino de la justicia si no quieres que la desgracia caiga sobre tu casa».

Pero, en vez de eso, escuché con asombro que le decía: «Anda Zaqueo, baja, ¡me gustaría tanto comer en tu casa!». Mi amo debía estar aún más asombrado que yo, pero bajó apresuradamente y creí leer en sus ojos una expresión de alegría que nunca había visto en ellos.

También la gente estaba desconcertada: «Y este que dicen que es profeta, ¿cómo va a hospedarse en casa de ese sinvergüenza?».

Al llegar a la casa, el amo nos dio órdenes tajantes y extrañas en alguien tan avaro: «El banquete tiene que ser espléndido, sacad los mejores vinos, preparad los mejores manjares»

Yo servía la mesa, y durante el festín, cuando miraba a Jesús reclinado junto a Zaqueo, conversando amistosamente con él, riendo y contando cuentos, tuve que disimular mi decepción y mi ira por lo que estaba ocurriendo: si Jesús era tan justo como decían, ¿por qué no condenó la conducta de mi amo? ¿Por qué dejó pasar la ocasión de pronunciar una palabra de denuncia como hubiera hecho un profeta?

Al final de la comida, Zaqueo se puso de pie y, mirando a Jesús, dijo con una voz ahogada por la emoción: «Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres y, a los que he defraudado, voy a darles cuatro veces más de lo que les robé».

Todos le miramos atónitos.

Todos, menos Jesús que no parecía extrañado, como si supiera desde siempre que el corazón de mi amo escondía aquella capacidad asombrosa de generosidad y derroche.

«Hoy ha entrado la salvación a esta casa», dijo al despedirse. Era verdad y la transformación del amo transformó también la vida de nuestra familia: el amo nos pidió perdón llorando, nos devolvió las tierras, nos construyó una casa, llenó nuestros graneros para poder sembrar.

Pero, mucho más que todo aquello, agradezco lo que viví junto al sicómoro aquel día, el día en que conocí a Alguien capaz de mirar más allá de las apariencias, capaz de creer en la bondad que se oculta en la persona más despreciable, capaz de acercarse al otro, no para exigirle, ni para corregirle, ni para cambiarle, sino, sencillamente, para quererle y acogerle, para ofrecerle una mirada amistosa y una mano tendida.

ESTA HISTORIA ES MI HISTORIA

Hubo un tiempo de mi vida en el que estuve convencida de la fuerza de la denuncia, en el que creía que había que desenmascarar injusticias, cayera quien cayera. «Hay que enfrentar a cada persona con su verdad, pensaba; hay que ser exigentes, firmes, claros; para cambiar a una persona, hay que hacerle ver sus fallos, hay que ayudarle a conocer sus obligaciones y sus responsabilidades.»

Sin darme cuenta, me situaba en el grupo sombrío de los que juzgan, exigen y condenan, de los que murmuraban de Jesús porque comía con gentuza y no les recordaba el cumplimiento de la Ley ni les reprochaba su conducta.

La vida y, sobre todo el Evangelio, me han ido enseñando que ese es un camino cojo porque la verdad, sin amor, deja de ser verdad. He ido aprendiendo que todos nos defendemos y nos blindamos cuando, desde fuera, pretenden invadirnos o cambiarnos. En cambio, cuando alguien se nos acerca sin pretender nada de nosotros, gratuitamente, cuando alguien nos ofrece su respeto y su confianza, cuando el mensaje que leemos en sus ojos es que está dispuesto a querernos tal como somos y a aceptarnos sin condiciones, entonces se esponja en nosotros nuestra identidad más verdadera, y florece lo mejor que llevamos dentro. Sólo entonces comenzamos a creer que nos es posible cambiar, sólo entonces recobramos la confianza en nosotros mismos, sólo entonces se realiza el milagro de ser también nosotros capaces de confiar en los demás.

Y esta espiral de confianza que va contagiándose de unos a otros, comenzó un día junto a un sicómoro en las afueras de Jericó, cuando la mirada de Jesús hizo presentir a Zaqueo que existía alguien que lo quería tal como era, cuando su amor transformó a aquel hombrecillo, tan perdido como cada uno de nosotros, en alguien «encontrado» para la Vida y arrastrado a la corriente de la entrega.

SUGERENCIAS DE PROFUNDIZACIÓN

--Leer despacio la escena y sentirse identificado con Zaqueo, porque podemos ser como él:

----acaparadores de «riquezas injustas»,

----acaparadores de «riquezas injustas»,

----con el deseo de saber quién es Jesús,

----«pequeños de estatura» para poder verle y con muchos tipos de «multitudes» que lo hacen difícil,

----tratando también de poner algún medio para conocerle.

--Observar en el relato la revelación progresiva de la identidad de Zaqueo: primero se le reconoce por su nombre y por su categoría social, luego es declarado pecador por la gente y finalmente recobra, gracias a la palabra de Jesús, su vocación de hijo de Abraham.

--Dejar que fluyan en nosotros el agradecimiento, la alegría de haber sido mirados así por Jesús, de recibir de él un nombre nuevo, una llamada a una mayor intimidad y a transformar nuestra vida. Y escuchar como pronunciadas para cada uno las palabras de Jesús: «El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido...».